

LA AUREOLA.

PERIÓDICO SEMANAL

DE LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES.

LA MUERTE.

Nascentur morimur, finisque ab origine pe ndet.

En vano solicitamos una larga vida, en vano contamos con algunos días mas.—Existe un término inevitable.—Es forzoso morir. La muerte acumula en sí todas las naciones y recoge todos los pueblos.

Es forzoso morir!—Esta idea carcome á la mayor parte de los hombres.—Hé aquí la melancólica perspectiva que se divisa al cabo de nuestra vida:—á medida que nos adelantamos hácia ella, nos acompañan los cuidados y nos hacen mas aflicciones sus aproximaciones.—Todo lo absorbe la tumba:—gloria, reputación, fortuna, beldad, placeres, contentos del mundo.—¿Qué es, pues, la vida? Un sueño, y nada mas.

Han pasado tantos hombres sobre la tierra..., tantos otros deben ser precipitados á su vez en ese eterno olvido..., es tan corta la vida..., son tan largos los siglos...; en fin, esta-

mos rodeados de cosas tan grandes..., tan incomprensibles en el mundo, que nada se puede decir de un ser tan pasajero y frágil como el hombre.

Suena la hora, y el hombre deja de ser:—este rey del mundo es derribado; esa mano que ordena la muerte, la recibe, la obedece. Seis pies de tierra hacen en adelante toda la grandeza de Alejandro, de ese varon que llenó el Universo con su fama.—Hiérole el rayo en el seno de sus triunfos, y la tierra enmudece. Hé ahí un pequeño detrimento en el cuerpo de un macedonio:—sobre él hace cambiar la faz de la Europa y del Asia.—Preguntad á las rocas que en medio del Océano se elevan, qué se hizo del hombre del siglo, y ellas dirán:—en el polvo de la nada sus restos se aniquilan.—Un dia le quitó el poder, y una hora le robó la vida.

¿Quién podrá comprender los misterios de nuestra existencia?—¿Qué es la muerte? ¡Y por qué temerla, si ella nos liberta de nuestras miserias!... ¿Es á causa del tormento que la acompaña?...; pero nosotros sufrimos mucho mas sin abatirnos: — una pierna que se amputa, causa mas dolor que la muerte que sobreviene por una enfermedad. Cuántos mueren tranquilos y apacibles!—¿Qué paz, qué serenidad en las miradas de un moribundo!—Qué rayo de esperanza, qué pura alegría brilla en el rostro del hombre de bien! Él no muere, se arroja á una nueva existencia, y por eso muestra entónces toda su grandeza.

frágiles, que deberíamos aprender á dejarlos sin pesar. Para cualquiera que sabe reflexionar, lo pasado es un largo aprendizaje de la muerte. Colocados en un punto del círculo de la eternidad, cuanto nos rodea testifica nuestra nada. ¡Cuántos millares de hombres son cosechados en este mundo, semejantes á la yerba de los prados bajo la hoz del agricultor!—¿Por qué, pues, elevamos nuestros deseos mas allá de nuestro destino comun?—Hijos del tiempo, él nos reserva para devorarnos.—Sus víctimas están computadas; á ninguno hace gracia.—Toma á la vez á los reyes en su trono, y al filósofo que medita acerca de este móvil azar, cuyos dados somos nosotros mismos desde nuestro nacimiento.

Lo que hace terrible la muerte son los lazos que nos atan á la tierra...; pero son tan perecederos, tan

15 de Febrero de 1840.

D. G. ROBLES.

EL DELIRIO.

Mentira fué mi soñar
O fué mi pasión mentira,
O es mi mente que delira
En revuelto padecer.
Si fué mentido to acento
Por que aumentar mis dolores;
Por qué mentir sin amores
Si no me amabas, mujer?

¿Por qué avivar mi deseo
Con tu cariño inconstante;
Por qué me dijiste amante
Mi amor suspira por tí;
Por qué si infiel y perjura
Teniendo mi amor en poco
Le diste esperanza á un loco
Con un inconstante si?

¿Por qué mentías palabras
Que tu pecho no sentía,
Por qué hollar el alma mía
Después de hacerla soñar;
Por qué si tanto te cansa
Mi queja y mi desventura
Mentirme tanta ternura
Para después despertar?

Sí, que esperanzas de un labio engañoso
Me hicieron amante feliz sonreír;
Después desengaño veraz y horroroso
En mi alma de fuego dejóse sentir.

Sin duda importuno mi amor te cansaba,
Y en vez de palabras de vida y de amor,
Allá entre tus labios sin duda rodaba
Acento maldito de muerte y dolor.

Por qué, Blanca ingrata, cerrando tu pecho
 El mio regaste de sangre y de hiel;
 Por qué si perjura al ver mi despecho
 Le diste esperanza riendo con él?

Por qué si inconstante de amores profana
 Tomabas en poco mi ardiente pasión,
 La distes el fuego risueña y ufana
 Y luego pisaste mi santa ilusión?

¡Ay! vuélveme mi ventura
 Aunque imposible parece,
 Porque es tal mi desventura
 Que ante tu santa hermosura
 Mi delirio se adormece.

Y aunque quisiera arrancar
 Tanto amor, á mi despecho
 Solo consigo aumentar
 Con tus desdenes mi amor,
 Que estás grabada en mi pecho.

Y aunque maldigo mi ardor,
 Al ver tanta alevosía
 Solo logro en mi dolor
 Acrecentar este amor
 Que avivas con tu falsía.

Si fueras ménos hermosa,
 Ménos inconstante fueras,
 Y mi queja temerosa
 Oyeras mas cariñosa,
 Y mi padecer sintieras.

Pero aunque el misero acento
 Tu boca mi maldición
 Exhale para tormento,
 Entre los pliegues del viento
 Escucharás mi pasión.

No así inconstante, ni á mi amor perjura,
 En mi ciego delirio te creyera,
 Que es muy triste soñar una ventura
 Si al despertar ¡ay Dios! desapareciera.

No á tus palabras mi dolor le daba
 Vago sentido ó maldecido acento,
 Que al creerte mi pecho te adoraba
 Mientras infiel burlabas mi tormento.

Vuelva á lucir una brillante aurora
 Y lleguen mis canciones hasta tí,
 No huyas ingrata, ni á mi amor traidora
 Vuelva á mentir tu corazón un sí.

Mi canto escucha, y á mi ruego amante
 Da el fuego con que alivie su penar,
 Y olvidando que fuistes inconstante
 Solo mires, ¡oh Blanca!, mi llorar.

Y si tú no comprendes esta llama
 Que abrasa y martiriza mi razón,
 Cierra tus ojos, mentirosa dama,
 Y rompe sin piedad mi corazón.

JUAN BELZA.

anécdota.

Una bella señorita, que entre los muchos alumnos de su educación contaba el de ser profesora en la noble arte que representa vivamente en su lienzo los encantos y portentos de la naturaleza, era amada de un caballero joven; el cual apreciaba la habilidad que ella tenía. Aprendida igualmente la señorita de su joven amante, y deseosa de darle una prueba inequívoca de su cariño, dedicóse algunos ratos á pintar su retrato, sirviéndola de modelo su corazón y su memoria.

Son tan indelebles las impresiones del amor

verdadero, que ellas solas bastaron á dirigir el pincel de la bella artista con la mas perfecta semejanza.

Concluida la obra, tuvo el gusto de sorprender agradablemente á su amante al presentársela.

Este, que como hemos dicho, no tenía la menor noticia de la habilidad de su amada, puesto que nunca habia entrado en su gabinete, preguntóla afectuosamente quién habia pintado su retrato. La joven pintora bajó modestamente la vista, y tiñendo de rosicler sus mejillas, dijo con acento apasionado: *El amor*.

INES,

CUENTO DEL SIGLO XVII,

original de

D. Manuel Cañete.

(Conclusion.)

III.

Una noche de tormenta.

Rey. Ten, villano.

Men. Muerto soy!

Roras.

(García del Castañar.)

Son los celos una pasión que roe el corazón, y que ciega al hombre: pasión que le impele á cometer las mayores locuras, que le atormenta continuamente, y que le hace pasar un infierno en esta vida. Por eso D. Pedro de Orozco padecía en silencio, devorando sus penas, é instigado por ese poder secreto y misterioso; pues los celos dominaban su alma, y cegaban su razón. D. Pedro era de un carácter taciturno y melancólico, que le hacía temible á los ojos del vulgo supersticioso y fanático de aquella época; del vulgo que en todo pensaba encontrar causas sobrenaturales, y que en medio de su carácter novelesco y aventurero, creía en las brujas y en las almas en pena como en la fé de Jesucristo. Dicho esto no parecerá extraño al lector, que un hombre que

se hallaba dominado por una pasión avasalladora, que amaba con todo el entusiasmo de un alma de fuego, y que veía á su amada pronta á ser de otro para siempre, se encontrase poseído de los celos, y meditase vengarse de su rival.

Hay una época en la vida, en que el hombre, sin poder contener el impulso de las pasiones, se deja arrastrar de ellas; y en que se encuentra en una lucha terrible, porque su razón las combate y es débil para domarlas; en esta época se encontraba D. Pedro, y por eso padecía con tanta violencia, porque sus celos le iban á arrojar, á pesar suyo, en la carrera del crimen. Horas tenía, en que se avergonzaba de su debilidad, y olvidaba sus planes, echándose en cara el haber podido abrigar en su pecho una pasión insensata que iba á esponerle á cometer una locura; pero de pronto se consideraba despreciado, y el orgullo se despertaba en su pecho, desenvolviéndole su energía, é instigándole de nuevo á desprenderse, por cualquier medio, de D. Fernando. Con este fin dió á conocer parte de sus planes á Ruiz en la Alameda

según dijimos en nuestro primer capítulo, y la una de la noche, que era la hora destinada para inspeccionarle de los pormenores, acababa de sonar en el reloj de la iglesia de S. Lorenzo.

La noche estaba tempestuosa; llovía con bastante fuerza y de tiempo en tiempo se dejaba oír algún trueno lejano, que aterraba á los que aun no se habian entregado al sueño. La luz mezquina de un pequeño farolillo que ardía delante de una cruz, colocada cerca de la puerta de D. Rodrigo, impelida por el viento, amenazaba dejar la calle en una completa oscuridad; y á los débiles y vacilantes rayos que esparcía, se veían cinco hombres, no de muy buena catadura al parecer, embozados en largos ferrernelos, por debajo de los cuales asomaban las relucientes conteras de las espadas.

Dejábase ver la impaciencia en sus ademanes, y guardaban un silencio sepulcral; de modo que una imaginación acalorada hubiera creído hallar cinco fantasmas, donde se encontraban otros tantos hombres esperando á su señor.

—Es mucho tardar (dijo uno de ellos, rompiendo al fin el silencio que por tanto tiempo guardáran); es mucho tardar, y aun no sabemos lo que se ha de hacer! Si D. Fernando saliese en este instante, tendríamos que permanecer en nuestro puesto sin acometerle, porque no conocemos las intenciones de nuestro amo.

—Y qué te importa? (repuso otro por lo bajo), ¿qué te importa, si á ti te han de pagar lo mismo de una

manera que de otra?

—Sí, pero esto de esperar en balde no es para mí, porque una vez acometida una empresa, no sosiego hasta verla terminada.

—Silencio, señores (dijo Ruiz), silencio! ¿no veis que pudieran oírnos, y peligrar nuestras vidas? obrad con cautela, y dejad ya esa plática asaz pesada y fastidiosa.

—Tienes razón (replicó uno de los embozados); la cautela es muy necesaria, porque si llegasen á descubrir nuestros intentos, la inquisición se apoderaría de nosotros y de nuestro amo, que no goza de muy buena reputación que digamos.

—Por mi fé que quisiera habérmelas con esos familiares del santo oficio, á quienes Dios confunda, porque son crueles y sin compasión.

—Silencio, vuelvo á decir; no nombreis al santo oficio para nada; no blasfemeis de sus ministros, por mas crueles que sean, si no quereis veros encerrados en un negro calabozo de la inquisición, sufriendo los tormentos mas atroces....

—Ya está aquí nuestro señor! (dijo uno, interrumpiendo la plática de Ruiz).

—Gracias á Dios! (repuso éste): temí que no llegarais en toda la noche. ¿Mas qué traéis? venis trémulo y azorado; qué temor os acosa, qué puede ocasionar en vos ese espanto que tan claramente demuestra vuestra agitacion?

—Nada! (dijo D. Pedro bruscamente) nada! Y despues de haber hablado con Ruiz misteriosamente, y de haber éste comunicado sus órde-

nes á los demas, se marchó con él dejando á los cuatro dispuestos á poner por obra sus mandatos. La tempestad habia aumentado considerablemente, los truenos eran mas fuertes y prolongados, y el viento sifbaba haciendo estremecer á los misteriosos embozados. De pronto un relámpago los iluminó, y alguno de ellos aterrado dijo:

«Ave María purísima! Jesus nos valga!» al mismo tiempo que la puerta de la casa de D. Rodrigo se abrió.

«Adios, vida mia, hasta mañana,» contestó Fernando á Ines que le despedia, y la puerta se volvió á cerrar. Los cuatro encubiertos cargaron sobre él al momento con las espadas desnudas, y sin dejarle sacar la suya le dieron un golpe que le hizo caer en tierra, bañado en su sangre y esclamando:

—Valedme, cielos! soy muerto!

En este momento se oyeron los pasos de una ronda que se acercaba: uno de los embozados dió un fuerte golpe con su espada al farolillo que alumbraba la santa cruz, y la calle quedó cubierta de tinieblas. Pocos instantes despues solo se escuchaban en ella los ecos de la tormenta, mezclados con los quejidos de un moribundo.



IV.

La cancion.

Si clavados en el cielo
Mis ojos, por un instante
Se inundaba mi semblante
De esperanza y de consuelo,
No era que blanca vision
En su azul me sonreia.
Erais vos, que yo os veia,
Señora, en mi corazon.
¿Os acordais?
Doña Elv. ¡Si me acuerdo!
Fuera olvidarlo morir.

ZORRILLA.

(Cada cual con su razon.)

El Sol habia empezado á dorar las altas torres de la ciudad, y el dia se mostraba tan risueño cuanto habia sido tempestuosa la noche que le precediera: la naturaleza empezaba á cobrar nueva vida con la presencia del astro refulgente, y todo parecia sonreir en la opulenta Sevilla: solo un corazon vacilaba entre la duda y la esperanza, atormentado por la impaciencia y el temor. Este corazon era el de Ines, que habia visto nacer el dia que debiera perpetuar su dicha, y que iba á cubrirla de llanto y de dolor. Las horas eran siglos para ella, y el tiempo corria con una lentitud extraordinaria. En vano esperó á su amante que partió la noche anterior mas tierno y mas rendido que nunca; en vano se perdia su razon en congeturas, procurando aclarar las causas que motivaban su ausencia: su mente no alcanzaba á compren-

de las y solo podian sus ojos verter
lagrimas en medio de su amargura.

—Será posible (decia hablando consigo misma), será posible que me haya olvidado en un instante, que fuesen mentidas sus palabras y falsos sus juramentos! Oh! nó, nó puede ser: alguna causa sobrenatural, alguna desgracia le habrá sobrevenido, porque sinó no estaria tanto distante de mi lado!—Y un rayo de esperanza venia á reanimar su corazon; pero de pronto volviendo á su primer abatimiento, esclamaba:

—¡No hay duda! me ha olvidado el ingrato, se ha burlado de mi amor! Y era hoy el dia señalado para nuestra union! ¡Ah! ¡murieron mis esperanzas!—Y sus ojos vertian abundoso llanto.

La noche fué terrible para ella, pues la pasó en un continuo desvelo, llorando sin cesar, y lamentando la pérdida del que era dueño de su corazon, de aquel á quien habia dicho por primera vez *“te amo.”* Su padre procuraba en vano consolarla, y así sumergida en la amargura, pasó mas de mes y medio esperando en vano á Fernando, y resuelta á abandonar el mundo, y á ocultarse en la lobreguez de un claustro. D. Rodrigo trataba de apartar de su imaginacion esta idea, porque si ella le abandonaba, nadie cerraria sus párpados á la hora de la muerte; y esta sola reflexion pudo contenerla en algun tanto, y hacerla que no se precipitase en el claustro, único asilo donde se creia segura de la fidelidad de los hombres.

Una noche estaba con su padre en dolorosa plática y aquel la dirigia amargas reconvenciones, cuando sonaron en la calle los ecos de una guitarra primorosamente tañida; habia algo de melancólico en aquella música suave y armoniosa, y despues de un preludeo lleno de espresion, se oyó la voz de un jóven que no era desconocida al padre ni á la hija, y que cantaba los siguientes versos:

Dos meses, señora mia,
Cumplen hoy que me aparté
De tu lado, y por Dios santo
Que de tí no me olvidé.
Malandrines desleales
En tu puerta me encontré,
Que por muerto me dejaron
Porque mucho te adoré.
Bien sé que ausente me lloras
Y me conservas tu fé;
Yo tambien, paloma mia,
Sin mancha te la guardé.

—¡Es Fernando! (esclamó Ines, loca de alegría) ¡es Fernando! Padre mio, cuán feliz soy: decidme que no es un sueño cuanto me está pasando, decidme... oh! yo voy á espirar: el placer me ahoga; yo deliro!

En este momento entró Fernando en la estancia pálido y demudado, pues aun conservaba impresas las señales de sus largos padecimientos.

—¡Ines! (esclamó echándose en sus brazos en medio de la efusion de su cariño.)

—¡Fernando, Fernando mio! ¡Es verdad que estás junto á mí, ó es un delirio de mi fantasía?

—No, nó, Ines de mi vida! Soy

yo que vuelvo á tu lado para no separarme jamás de ti, para estasiarme contemplándote, para vivir contigo eternamente!

—Cuán feliz soy! he vuelto á verte y ya nada mas anhelo: si vieras lo que he padecido durante tu ausencia! ¡Cuántas horas de amargura he sufrido, y cuántas lágrimas he derramado!

—Lo creo; porque en medio de mis dolores tu imagen me servia de consuelo; y si alguna cosa habia que superase á mis padecimientos, era el dolor que me causaba el hallarme distante de tu lado.

—¿Y cómo has podido estar tanto tiempo sin darme noticias de tu suerte, sin explicarme las causas que motivaban tu ausencia, causándome una inquietud inesplicable, una inquietud que ha sido para mí tan cruel?

—No me culpes, bien mio; un criado estaba encargado de traerte noticias del estado de mi salud todos

los dias, y al saber ayer que pensaba yo venir á verte se ha fugado. Despues me han dicho que estaba sobornado por mi rival, para que tú, creyéndome muerto ú ausente, me olvidases; lo he sabido esta noche, y por eso me he apresurado á salir, para calmar tu agonía, á pesar de la prohibicion de los médicos.—

Fernando contó á Ines y á D. Rodrigo lo que le pasara la noche que le acometieron los embozados, y que una ronda le habia conducido á su casa moribundo, despues de haber preso á uno de los encubiertos que declaró al fin haber sido pagado por D. Pedro de Orozco para asesinarle; éste, entregado al rigor de las leyes, iba á perecer en un cadalso, víctima de unos celos insensatos; y al dia siguiente de la noche en que tuvieron esta entrevista los dos amantes, un sacerdote bendijo su union en los altares, haciéndolos venturosos para siempre.

FIN.

A una Hermosa pobre.

Bellísima flor risueña
Nacida en bosque sombrío
De inculta y espesa breña,
Sin mas galas ni atavío
Que tu hermosura alhagüeña;
Mujer de tranquila vida,
Mas hermosa que la paz,
La que vives desvalida
Y en este mundo perdida
Sin albergue ni solaz;

Pobre hermosa, yo te adoro:

Si te ha negado el magnate
Un poco de su vil oro,
Aun en mí te queda un vate
Que á tus pies pone un tesoro,

No de rica pedrería
Ni de sórdido interés,
Aun de mucha mas valía
Mi inmenso tesoro es,
Porque es de amor, vida mia;

De amor sencillez y ardiente
 Que consagré á tu hermosura
 Desde que te ví tristemente
 Llorando tu desventura
 Al pie de una tosca fuente.
 ¿Qué me importa á mi el Edem
 Con sus mentidos placeres,
 Ni del Sultan el Harem
 Con sus viciosas mujeres
 Si tú me adoras, mi bien?
 ¿Qué me importa que haya hermosa
 De las gracias soberana
 Que se sepulte orgullosa
 Entre seda sericana
 Y entre pebetes de rosa?
 Goce allá de sus amores
 Impuros y celebrados,
 Que las purísimas flores
 No nacen en los estrados
 Aunque allí den sus olores.
 Cuando en bosque silencioso
 Goce yo de tu ternura
 Y contigo, ángel hermoso,
 Parta mi mal y ventura,
 Entonces seré dichoso.
 Mujer pobre y seductora,
 Huyamos del mundo impío

Antes que luzca la aurora;
 Vénte conmigo, amor mío,
 Que ya se acerca la hora.
 ¿Qué! ¿los ojos radiantes
 Bajas temblando á la tierra?
 ¿Adorabas á otro ántes?
 ¿Ó juzgas pérfida guerra
 La de mis planes amantes?
 ¡Gran Dios! que mi amor sincero
 Comprenda esta jóven pura;
 Mujer, yo no soy artero,
 Yo idolatro tu hermosura
 Y por pobre te prefiero.
 Que en los dorados salones
 De tupida filigrana
 Hoy se encuentran corazones
 Que un conjunto son mañana
 De perjuros y traiciones.
 Bellísima flor risueña,
 Nacida en bosque sombrío,
 De inculta y espesa breña,
 Huyamos del mundo impío
 Que las virtudes desdeña.

G. ESTRELLA.

Sevilla.—Febrero de 1840.

D. MARTIN DE FREYTA.

Novela histórica.

(Continuación.)

(*) Ricos hombres, prelados, caballeros, escuderos, ciudadanos portugueses todos, oid, oid, oid."

(*) Véase á D. Telesforo de Trueba, de quien son extractados estos apuntes.

"El rey D. Sancho de Portugal, desmintiendo su escelso origen, elvidando los deberes que juró cumplir, se ha hecho indigno de la corona que ha deshonrado; y Dios por conducto de los nobles confederados

para la prosperidad del reino, ha determinado que sea depuesto cual lo ha merecido."

"Ha merecido su deposicion por cuatro motivos; estos motivos son los siguientes:

"Primero. El rey D. Sancho es indigno de la corona, porque sus sienes no pueden soportarla; porque no es él, sino el infame D. Hernando de Almeida, quien gobierna la nacion con un despotismo que nunca han soportado ánimos tan valientes como los de los portugueses: en su consecuencia, una vez que el rey no puede mantener su corona, ha llegado la ocasion de colocarla sobre una frente mas digna de sostenerla; debe, pues, perder el rey D. Sancho la corona."

Concluidas estas palabras, el pregonero se detuvo, y un profundo silencio reinó en la asamblea; parecia que aquel gentío no respiraba, sus ojos brillaban admirados, y ni el mas mínimo murmullo se percibía en un tan general estupor. El Sr. de Leria, arzobispo de Évora, se aproximó lenta y solemnemente á la estatua del rey, y le quitó la corona que adornaba sus sienes. La multitud prorumpió en tan estrepitosos aplausos que los nobles pensaron desde aquel momento en el buen éxito de su causa por parte del pueblo, y para enardecer mas los ánimos dieron orden al pregonero para que continuase.

"Segundo motivo. El rey D. Sancho es indigno de manejar la espada de la justicia, porque no se ha servido de ella para proteger los

derechos de sus súbditos. No es su mente, es la mente de un cortesano la que dirige su voluntad; no son sus labios, son los labios de un cortesano los que dictan los decretos; no es su mano, es la mano de un cortesano la que autoriza sus actos; y esto con menoscabo del bien del estado y de los intereses comunes. En su consecuencia, la espada de la justicia no debe permanecer por mas tiempo en manos del que la deshonoró. El rey D. Sancho de Portugal, debe perder la espada de la justicia."

El pregonero guardó silencio otra vez, D. Manrique de Carvajal se acercó á la estatua y le arrancó la espada que pendia de su costado. Nuevas aclamaciones y repetidísimos aplausos del pueblo volvieron á interrumpir el silencio de los circunstantes.

El pregonero continuó:

"Tercer motivo. El rey D. Sancho de Portugal es indigno de manejar el cetro. Para manejarlo dignamente debe un rey presidir sus consejos, mandar sus ejércitos, y no pasar su vida en los placeres de la caza, los bailes y las orgías. Un rey para manejar dignamente un cetro, debe ser magnánimo y justo: el rey D. Sancho por el contrario es débil, indolente, pródigo y disipador de las rentas del estado. El rey D. Sancho de Portugal, debe perder su cetro."

El conde de Rodrigo se aproximó á la estatua y quitó el cetro de sus manos, y el pregonero prosiguió:

"Cuarto y último motivo. El rey D. Sancho de Portugal es indigno de ocupar el trono, porque ademas de

ser culpable de los actos de traición que hemos espuesto en contra de la nacion portuguesa, ha perseguido injustamente y jurado eterno aborrecimiento á su hermano D. Alfonso, verdadero y único heredero de la corona, habiéndole desterrado sin motivo alguno con la idea sin duda de colocar la diadema en las sienes de algun hijo ilegítimo. Pero Dios no sufrirá semejante afrenta y tamaño deshonor, y los nobles confederados lo evitarán colocando en el trono al que por su nacimiento, valor y sabiduría sea digno de ocuparlo. El rey D. Sancho de Portugal debe perder su trono."

D. Diego de Salvatierra se acercó al trono é hizo rodar la cabeza de la estatua al mismo tiempo que los nobles confederados tomaron en sus brazos á D. Alfonso, y colocándole en el trono vacío le proclamaron rey en lugar de su hermano. Aquella proclamación fué acogida con grandes demostraciones de júbilo por la multitud, que cree ganar siempre que muda de soberano. En un momento fué revestido D. Alfonso III con las insignias reales, y adelantándose el primer arzobispo de Évora le rindió homenaje y besó la mano; á este siguió D. Manrique de Carvajal, el conde de Rodrigo y D. Diego de Salvatierra. Despues de aquellos comisionados de la confederación, llegaron los nobles que la componian; finalmente, el nuevo rey montó sobre un magnífico caballo blanco, cubierto con un real arnés y escoltado por su nobleza y seguido del pueblo entró en la ciudad de Lisboa y se dirigió á

la catedral, donde el obispo de Coimbra entonó un solemne *Tedéum* en acción de gracias, pasándose el resto del dia en fiestas y regocijos.—

D. Sancho entónces se dirigia hacia los bosques de Salcedar acompañado de D. Hernando de Almeida y de algunos de sus mas allegados servidores, porque hacia ya algun tiempo que todos los nobles evitaban la compañía de D. Hernando. Pero el rey D. Sancho, ciego de amor por la hermana de su favorito y apasionado á éste sobremanera, habia consentido que la antigua nobleza le abandonase sin hacer por su parte esfuerzo alguno para retenerla. Así es que en aquella partida, D. Hernando y sus monteros eran los únicos que le acompañaban.

La noticia de la montería se habia comunicado con antelacion, y al llegar al sitio designado supo D. Sancho que un gamo se habia extraviado la noche ántes entre aquellas malezas. Apénas se detuvo para tomar un bocado, tantos eran sus deseos por perseguir los inocentes animales. Se dispuso la parada de los caballos y de los perros, el picador entró en la cerca con su sabueso, y al cabo de algunos minutos el sonido de la bocina anunció que el gamo se habia levantado; en el mismo instante se le vió atravesar rápido como una exhalacion por el paraje en que D. Sancho y D. Hernando estaban apostados, los perros fueron azuzados al gamo, D. Sancho y su favorito se lanzaron tras de los perros y se dió principio á la batida.

A los primeros galopes el caballo

para la prosperidad del reino, ha determinado que sea depuesto cual lo ha merecido.»

«Ha merecido su deposicion por cuatro motivos; estos motivos son los siguientes:

«Primero. El rey D. Sancho es indigno de la corona, porque sus sienes no pueden soportarla; porque no es él, sino el infame D. Hernando de Almeida, quien gobierna la nacion con un despotismo que nunca han soportado ánimos tan valientes como los de los portugueses: en su consecuencia, una vez que el rey no puede mantener su corona, ha llegado la ocasion de colocarla sobre una frente mas digna de sostenerla; debe, pues, perder el rey D. Sancho la corona.»

Concluidas estas palabras, el pregonero se detuvo, y un profundo silencio reinó en la asamblea; parecia que aquel gentío no respiraba, sus ojos brillaban admirados, y ni el mas mínimo murmullo se percibía en un tan general estupor. El Sr. de Leria, arzobispo de Évora, se aproximó lenta y solemnemente á la estatua del rey, y le quitó la corona que adornaba sus sienes. La multitud prorumpió en tan estrepitosos aplausos que los nobles pensaron desde aquel momento en el buen éxito de su causa por parte del pueblo, y para enardecer mas los ánimos dieron orden al pregonero para que continuase.

«Segundo motivo. El rey D. Sancho es indigno de manejar la espada de la justicia, porque no se ha servido de ella para proteger los

derechos de sus súbditos. No es su mente, es la mente de un cortesano la que dirige su voluntad; no son sus labios, son los labios de un cortesano los que dictan los decretos; no es su mano, es la mano de un cortesano la que autoriza sus actos; y esto con menoscabo del bien del estado y de los intereses comunes. En su consecuencia, la espada de la justicia no debe permanecer por mas tiempo en manos del que la deshonorra. El rey D. Sancho de Portugal, debe perder la espada de la justicia.»

El pregonero guardó silencio otra vez, D. Manrique de Carvajal se acercó á la estatua y le arrancó la espada que pendia de su costado. Nuevas aclamaciones y repetidísimos aplausos del pueblo volvieron á interrumpir el silencio de los circunstantes.

El pregonero continuó:

«Tercer motivo. El rey D. Sancho de Portugal es indigno de manejar el cetro. Para manejarlo dignamente debe un rey presidir sus consejos, mandar sus ejércitos, y no pasar su vida en los placeres de la caza, los bailes y las orgías. Un rey para manejar dignamente un cetro, debe ser magnánimo y justo: el rey D. Sancho por el contrario es débil, indolente, pródigo y disipador de las rentas del estado. El rey D. Sancho de Portugal, debe perder su cetro.»

El conde de Rodrigo se aproximó á la estatua y quitó el cetro de sus manos, y el pregonero prosiguió:

«Cuarto y último motivo. El rey D. Sancho de Portugal es indigno de ocupar el trono, porque ademas de

ser culpable de los actos de traición que hemos espuesto en contra de la nacion portuguesa, ha perseguido injustamente y jurado eterno aborrecimiento á su hermano D. Alfonso, verdadero y único heredero de la corona, habiéndole desterrado sin motivo alguno con la idea sin duda de colocar la diadema en las sienes de algun hijo ilegítimo. Pero Dios no sufrirá semejante afrenta y tamaño deshonor, y los nobles confederados lo evitarán colocando en el trono al que por su nacimiento, valor y sabiduría sea digno de ocuparlo. El rey D. Sancho de Portugal debe perder su trono. »

D. Diego de Salvatierra se acercó al trono é hizo rodar la cabeza de la estatua al mismo tiempo que los nobles confederados tomaron en sus brazos á D. Alfonso, y colocándole en el trono vació le proclamaron rey en lugar de su hermano. Aquella proclamación fué acogida con grandes demostraciones de júbilo por la multitud, que cree ganar siempre que muere de soberano. En un momento fué revestido D. Alfonso III con las insignias reales, y adelantándose el primer arzobispo de Évora le rindió homenaje y besó la mano; á este siguió D. Manrique de Carvajal, el conde de Rodrigo y D. Diego de Salvatierra. Despues de aquellos comisionados de la confederación, llegaron los nobles que la componian; finalmente, el nuevo rey montó sobre un magnifico caballo blanco, cubierto con un real arnés y escoltado por su nobleza y seguido del pueblo entró en la ciudad de Lisboa y se dirigió á

la catedral, donde el obispo de Coimbra entonó un solemne Tedéum en acción de gracias, pasándose el resto del dia en fiestas y regocijos.—

D. Sancho entónces se dirigia hacia los bosques de Salcedar acompañado de D. Hernando de Almeida y de algunos de sus mas allegados servidores, porque hacia ya algun tiempo que todos los nobles evitaban la compañía de D. Hernando. Pero el rey D. Sancho, ciego de amor por la hermana de su favorito y apasionado á éste sobremanera, habia consentido que la antigua nobleza le abandonase sin hacer por su parte esfuerzo alguno para retenerla. Así es que en aquella partida, D. Hernando y sus monteros eran los únicos que le acompañaban.

La noticia de la montería se habia comunicado con antelación, y al llegar al sitio designado supo D. Sancho que un gamo se habia estraviado la noche ántes entre aquellas malezas. Apénas se detuvo para tomar un bocado, tantos eran sus deseos por perseguir los inocentes animales. Se dispuso la parada de los caballos y de los perros, el picador entró en la cerca con su sabueso, y al cabo de algunos minutos el sonido de la bocina anunció que el gamo se habia levantado; en el mismo instante se le vió atravesar rápido como una exhalacion por el paraje en que D. Sancho y D. Hernando estaban apostados, los perros fueron azuzados al gamo, D. Sancho y su favorito se lanzaron tras de los perros y se dió principio á la batida.

A los primeros galopes el caballo

de D. Hernando pareció animado de una fuerza sobrenatural, y á pesar de oprimir el rey los hijares de un caballo de la mas pura sangre árabe, el potro andaluz de D. Hernando trató varias veces de ganarle la delantera; se estableció entónces una lucha entre el caballero y el caballo, en la que tal vez no se hubiera podido decidir cual era mas diestro si el uno en sujetarle, ó el otro desobedeciendo, cuando el rey advirtiendo que los descarrios del caballo, y las amenazas del caballero, hacian asustar al animal que perseguian, gritó á su favorito que se dejase llevar, pues su caballo no tardaria en cansarse. Apénas para obedecer las órdenes abandonó las bridas de su corcel, cuando partió éste con la celeridad de una vision, el rey se lanzó tras de él con toda la velocidad de su caballo, siguió algun tiempo, perdiéndole poco á poco de vista por entre las ramas de los árboles. D. Hernando habia adelantado á los perros y se internó en un soto bastante espeso; bien pronto el sonido de su cuerno anunció su proximidad al gamo que perseguia, pues que corria con la misma velocidad que él. Al cabo de diez minutos el sonido de su bocina volvió á percibirse; el rey observó que habia adelantado á los monteros, á pesar de los multiplicados esfuerzos que aquellos hacian para reunírsele; ya el sonido de la bocina no se oia sino á una distancia considerable; su caballo cual si fuera guiado por una mano invisible parecia seguir una senda; el paisaje iba apareciendo ca-

da vez mas áspero y desierto, pero no por eso dejó el rey de continuar su camino. Le parecia que poco á poco se iba internando en un terreno que no le era desconocido, y que sin embargo estaba cierto de no haberlo traspasado nunca, reconoció una ermita, en cuya torre se ostentaba una cruz hecha pedazos, volvió la vista al lado opuesto buscando una roca coronada de negros abetos; la roca y los abetos estaban situados frente de la ermita. Sus ojos se dirigieron maquinalmente hácia todas partes, buscando un estanque y una cascada que debian hallarse en aquel paraje; el estanque y la cascada se presentaron á su vista. Sus inquietas miradas se dirigieron en seguida á la llanura; en ella y muy próximo á la roca de los abetos, se veia un hombre en las últimas convulsiones de la agonía; el rey se arrojó de su caballo, se acercó á aquel hombre y dió un agudo grito. El hombre que habia visto, era su favorito D. Hernando: su caballo le habia despeñado desde lo alto de una roca y le habia partido la frente contra las piedras. Entónces recordó el rey por que motivo no le era desconocido aquel paisaje, y no pudo ménos de estremecerse al considerar que era el mismo que María habia visto en sus sueños, y que tan exactamente se lo habia descrito. El cadáver estaba tendido al pié de una roca coronada de abetos; frente de esta roca habia una arruinada ermita con una cruz rota en su torre y un ancho estanque en el fondo donde se reunian las aguas de una cascada.

El rey quiso socorrer á D. Hernando, pero ya era demasiado tarde. D. Hernando no respiraba. Llevó entonces á sus labios su bocina para llamar á sus monteros y la tocó con toda la fuerza de su pulmon. Al cabo de algunos momentos aparecieron algunos perros que habian perdido la senda; detras de ellos se escucharon las voces de algunos picadores que se presentaron, y encontraron al rey que habia arrastrado hasta el estanque el cadáver de D. Hernando, y que creyendo que aun latia su corazon trataba de hacerle volver en sí mojóndole el rostro con agua; en cuanto al resto de la comitiva se habia internado persiguiendo una cierva blanca que habia hecho torcer el camino á los perros que perseguian el gamo, á pesar de las medidas que habian tomado los picadores para alejarlos de aquella senda.

Al escuchar aquella noticia tan indiferente en la apariencia, D. Sancho se estremeció, dejó caer el cadáver de D. Hernando que mantenía en sus rodillas, mandó que le refiriesen lo que ántes habian dicho, y cuando el capitán concluyó su narración escuchó unos instantes para ver de dónde venian las voces de los perros que se escuchaban á lo lejos, y abandonando al cuidado de los picadores el cuerpo de su favorito, se arrojó sobre su caballo, y rápido como un rayo dirigió sus pasos hácia el sitio de donde venia el ruido.

D. Sauchó acababa de recordar la segunda parte del sueño de María.

El caballo del rey parecia que

volaba, y á pesar de esto no cesaba de espolearlo. Le parecia segun la horrorosa realidad de la primera parte del sueño de María que era ella la que se hallaba en peligro; queria, pues, llegar á tiempo para romper por entre los perros é interrumpir aquella maldecida cacería, pero por mucha que fuese la velocidad del hijo del desierto, que le conducia ligero como un torbellino arrastrado por el huracan, todavia era mayor la distancia que le separaba de los perros que de cuando en cuando daban ladridos espantosos, denotando lo próximo que se hallaban al animal que perseguian. Despues de tres horas de un incesante galope, llegó á percibir con bastante claridad el sonido de la bocina que á cada momento anunciaba la vista de la cierva, lo que manifestaba que poco tiempo tardaria en ser presa de los cazadores: la voz de que estaba ya rematada llegó por fin á oídos de D. Sancho, en el mismo instante que llegaba al lugar del desastre, y en el mismo momento en que la cierva atravesado el corazon por multitud de flechas, acababa de exhalar el último suspiro.

Es imposible describir la impresion que causó en el ánimo de D. Sauchó aquel acontecimiento: la vida fantástica se habia desde por la mañana confundido en su imaginación con la vida real, y no fué sino temblando como tendió su vista sobre el desgraciado animal que nadaba en su sangre: le parecia que la cierva iba á tomar la forma de una figura humana y que iba á alzarse

ante él como una aparición. La dolorosa mirada que al espirar le dirigió la cierva aumentó mas y mas su turbacion. Entónces no titubeó, y persuadido de que alguna desgracia amenazaba á María, tomó otro caba-

llo, ordenó á una parte de los que le acompañaban que recogiesen el cadáver de D. Hernando, y seguido de los demas se lanzó á galope tendido sobre el camino de Santaren.

(Se continuará.)

Escena de una Comedia inédita.

Diálogo entre D. García, galán, y Chapin, su criado.

(Á FINES DEL SIGLO XVI.)

Ch. La noche es bien halagüeña

para el amante dichoso,
péro es tormento espantoso
para el criado y la dueña.

Si el amante se desvela,
no es mucho, que en unos ojos
al fin ve quien sus antojos
y sus angustias consuela.

Mas el criado es mochuero
con sus asnales orejas,
que miéntras oyen las rejas
se queda mirando al cielo.

Y la dueña zurcidora
de amorosas voluntades,
temiendo las liviandades
á cada paso se azora.

Por eso es en mi sentir
macho, como el de una noria,
el que con pena y sin gloria
de noche está sin dormir.

D. G. Calle tu habladora lengua,
que servir á su señor
en aventuras de amor,
para un criado no es mengua.
Ademas, harto sabida
tienes mi resolucion,

pues parto sin corazon,
mañana y parto sin vida.

Ch. Pues en aquesta ocasion,
aunque dejo á mi querida,
yo partiré con mi vida
sin partirme el corazon.

D. G. Necio estás ahora por Dios.

Ch. Ver quisiera en mi presencia
á un juez dando la sentencia
quien lo está mas de los dos.

D. G. Cuando pase tu locura
hablarte entónces deseo.

Ch. Pues entónces, segun creo,
habladme en la sepultura.

D. G. Esta noche es la postrera
que veré á Doña Violante,
á aquella que hace un instante
de un siglo.

Ch. ¡Vana quimera!
No seré yo el mentecato
que crea que una hermosura
pinte un siglo en miniatura
como se pinta un retrato.

D. G. Me separo de su lado
para ir al Nuevo Mundo:
mi dolor es tan profundo,

Han intenso y estremado,
que no sé cómo decirla
adíos sin morir de pena.

Ch. Vivid con la panza llena
por si otro en tanto os la birla.

D. G. Antes mal rayo te abraze,
deslenguado.

Ch. Me acoquina
que el don huela á chamusquina,
mas... no es mas que un rayo: pase.

D. G. ¡Infel mi amada ha de ser!
¿Sabes, necio, lo que dices?

Ch. Digo que un par de perdices
vale mas que una mujer.

Y si prestais atencion,
á fuer de discreto amante,
en aqueste mismo instante
escuchareis la razon.

La mujer es la que quiso
pervertir la raza humana,
comiéndose la manzana
en terrenal paraíso.

Y cuando al hombre encontró
dormido, dijo entre sí:

digan mis ojos que *sí*,
pero mis labios que *no*.

Así la contradiccion

de su juicio es la ley,

y el capricho es solo el rey

que manda en su corazón.

Aborrece á quien la adora,

ama á aquel que la desprecia,

es sutil y tambien necia,

mas.... siempre al oro enamora.

La alimentan los engaños,

y la ofende la verdad,

y con poca ó mucha edad

siempre se quita diez años.

Y es en fin liviana flor

amurallada de abrojos,

con narices por despojos,

pues desnariga su hedor.

D. G. Al oírte delirar
con tan torpe grosería
un cualquiera, concluiría
que eras un loco de atar.
Eres desagradecido,
eres menguado y villano,
eres brutal y tirano...

Ch. Mi madre así me ha parido,
aplicad la consecuencia.

D. G. La mujer es el consuelo
que por dicha nos dió el cielo
en su piadosa clemencia.

Ella nos forma en su seno,
nos cria, nos acaricia,
ella de un mar de delicia
el corazón deja lleno.

¡Qué fuera el vivir sin ella!
fuera continuo quebranto,
que ella enjuga nuestro llanto
y es nuestro norte y estrella.

Con una dulce mirada
tan solo, nos embelesa,

y el que una mano la besa
ve su dicha ya colmada.

El mundo sin la mujer

sería prado sin flores

y el hombre sin sus amores

tornára presto al no ser.

Porque es vaso de dulzura

y de virtudes dechado....

Ch. Oigo pasos.

D. G. ¿Por qué lado?

Ch. Por allí.

D. G. Pues no es cordura.

que ahora aquí nadie nos halle:
sígueme.

Ch. Ya os sigo.

Vamos.

Ch. ¿Adónde nos ocultamos?

D. G. Pasearemos esa calle.

T.

ALBUM.

La juventud aragonesa acaba de dar una prueba mas de su laboriosa aplicacion, y de su deseo de elevar la literatura dramática al grado de esplendor que merece, pues en el corto espacio de un mes se han de presentar en la escena del teatro de Zaragoza tres dramas originales (1), de ingenios de aquella ciudad, cuyos argumentos pertenecen á la historia de aquel reino, tan célebre en la antigüedad, y el primero que acogió con entusiasmo en España los cantos de los trovadores provenzales. Si este modo de proceder encontrase imitadores en toda la Península, pronto saldria nuestro teatro del estado de dependencia en que se halla respecto á los extranjeros, que (dicho sea con perdon) para nada los necesitamos.

Al ver que en la capital del reino, en el centro del buen gusto, se están presentando continuamente malas traducciones de peores originales y qué para una produccion española que se dé á la prensa, ven la luz veinte traspirenácias, poco ménos que en francés, no podemos ménos

de lamentar el estado en que nos hallamos, y recordar con orgullo aquellos felices tiempos en que un Lope, un Calderon y un Moreto, llevando el mundo con la fama de sus nombres, dieron á nuestra España una gloria que ninguna otra nacion ha podido oscurecer. Si todos los jóvenes, pues, siguiendo el ejemplo de los vates aragoneses, imitasen á los buenos modelos que poseemos y buscasen en la historia de nuestro pais sus inspiraciones, no tendriamos que deplorar el mal estado de nuestra literatura dramática,

En el teatro de Granada acaba de presentarse un drama original de un jóven de aquella ciudad, bajo el título de *La hija de Cervantes*: aplaudimos el que haya escojido el autor para argumento de su obra la vida de un coloso que ha dado á España tanta gloria, y le felicitamos por el acierto con que, segun nos dice la *Athambra*, lo ha desenvuelto. El éxito de esta produccion ha sido brillantísimo, y el autor salió á recoger las coronas que el entusiasmo del público le prodigó.

M. CAÑETE.

(1) Los títulos de estas obras son: *Doña Brianda de Luna*, — *El testamento de D. Alfonso el batallador*, — y *El Inglar*.

INDICE. — La muerte. — El delirio; *poesía*. — Anécdota. — Lues, cuento del siglo XVII; *conclusion*. — A una hermosa pobre; *poesía*. — D. Martin de Freytas; *novela histórica*; *continuación*. — Escena de una comedia inédita. *Diálogo entre D. Garcia, galán, y Chapin, su criado; á fines del siglo XVI*. — Album.